

★ Editorial

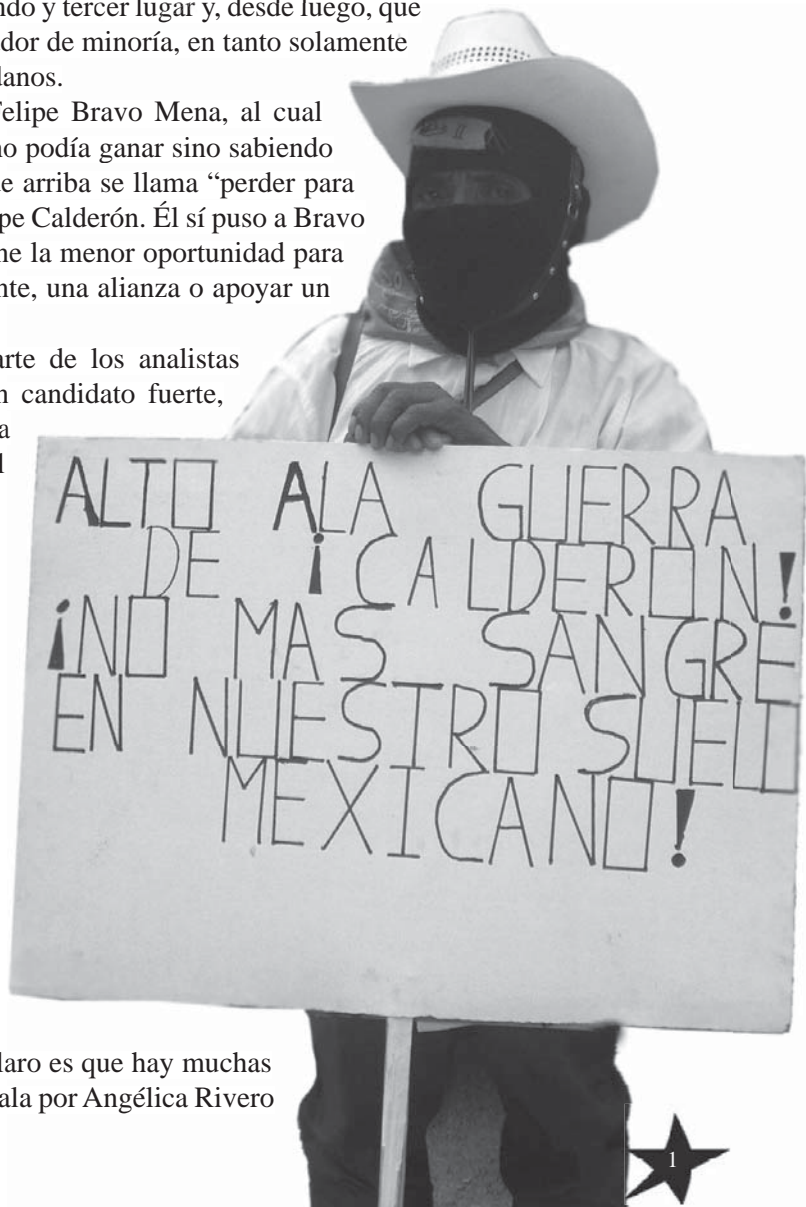
El ensayo general del 2012 fue un fracaso. Los ciudadanos votaron que no querían ser cómplices de toda esa inmundicia y decidieron en forma mayoritaria no ir a las urnas. El 60 por ciento se abstuvo y evidenció que no se deja impresionar por una campaña multimillonaria —3 mil 200 millones de pesos—, por los regalitos que todos los partidos ofrecieron, por tres debates televisados en cadena nacional, por mítines donde cada quien hizo gala de su estructura corporativa. Al final, lo único que representa el ensayo general para el 2012 es ese 60 por ciento que no fue a votar.

Atrás quedaron las admoniciones de Andrés Manuel López Obrador (AMLO), quien una vez que quedó claro que su Juanito del estado de México no iba a ganar decidió dejarlo a su suerte. Porque, a diferencia del de Iztapalapa que sí ganó, el del estado de México fue apabullado. También quedó atrás la campaña de Eruviel Ávila, que se sabía ganador desde el principio pero nunca pensó que lo haría con tanta diferencia sobre el segundo y tercer lugar y, desde luego, que nunca pensó que se convertiría en un gobernador de minoría, en tanto solamente consiguió el 27 por ciento de los votos ciudadanos.

Asimismo, la candidatura de Luis Felipe Bravo Mena, al cual mandaron a participar no sólo sabiendo que no podía ganar sino sabiendo que iba a hacer el ridículo. Esto en política de arriba se llama “perder para ganar”, por lo menos eso es lo que piensa Felipe Calderón. Él sí puso a Bravo para dejar claro que el PAN, como tal, no tiene la menor oportunidad para ganar en el 2012, que debe hacer algo diferente, una alianza o apoyar un candidato ciudadano.

Días de infamia para una buena parte de los analistas políticos que pensaron que Encinas sería un candidato fuerte, que entraría a la disputa con Ávila. Ésos ahora buscan explicar lo que pasó y, ahora, en el colmo del cinismo, dicen que la diferencia con el 2012 es que AMLO tiene una real presencia nacional, no como Encinas que era ajeno a la problemática de la región. O peor, que dicen, en el colmo del delirio, que perdió la derecha y que ganó la izquierda, ya que se impidió la alianza entre el PAN y el PRD.

Ahora, Enrique Peña Nieto se frota la manos de placer, va sobre caballo de hacienda, —claro, si alguien de su mismo partido no lo mata antes—, pero es incapaz de darse cuenta que ese caballo de hacienda se dirige al despenadero. Presidente de un sistema político en crisis. Presidente de un régimen político en crisis. Presidente de un país con un modelo de acumulación de capital en crisis. Por eso, para él, lo único que está claro es que hay muchas cosas que modificar: cambiar a Margarita Zavala por Angélica Rivero



en el DIF; a Cordero por Videgaray en Hacienda... pero tiene claro que lo que no hay que modificar, sino incrementar, es la guerra en contra de la sociedad, bajo el disfraz de guerra contra el crimen organizado.

Unas semanas antes vivimos días de ignominia. El mismo día que Felipe Calderón dialogaba con los miembros de la Caravana del Consuelo y se ubicaba como el presidente que luchó por proteger a la ciudadanía de los grupos delincuenciales, en Durango, los cuerpos de cinco personas muertas, entre ellas un menor de cuatro años de edad, fueron localizados en el paraje denominado El Barro, municipio de Canatlán. Los cuerpos, todos con disparos de arma de fuego y algunos con el tiro de gracia, fueron trasladados a la capital del estado por el Servicio Médico Forense (Semefo) en calidad de desconocidos.

Sin embargo, horas más tarde fueron identificados por sus familiares: los nombres de los occisos son Yolanda Yesenia Venegas Gandarilla, de 26 años de edad; José Umero Flores Núñez, de 39, y su hijo José Isaac Flores Venegas, de cuatro años. Además de Sayra Venegas Gandarilla, de 19, y Alonso Cabreta Sarabia de 54 años, todos con domicilio en la comunidad Los Lirios, perteneciente al municipio de Canatlán.

Ese hecho hablaba más que un rollo demagógico del jefe supremo de las fuerzas armadas. Palabras huecas llenas de rencor hacia los que no reconocen su gran hazaña: más de 45 mil muertos y 18 mil desaparecidos.

Por eso es un error hablar de esta guerra como si se tratara de dos campos: el del crimen organizado y el del Estado. En realidad, el Estado juega siendo una de las facciones que busca el control del país. En realidad, las fuerzas armadas y las fuerzas policíacas actúan solamente en contra de los cárteles que no aceptaron la reconfiguración que, desde el poder político y económico, se ha promovido para lograr un negocio más productivo. Se trata de una verdadera reorganización que afecta los intereses de una parte del crimen organizado para beneficiar a otra.

En la práctica, la Caravana del Consuelo no está discutiendo únicamente con el jefe de las fuerzas armadas, sino también con un capo del crimen. Por eso, en todas las denuncias salen a flote la complicidad o la participación directa de las fuerzas armadas, de las policíacas o de las del poder judicial con el crimen organizado.

Por eso, es complicado pensar que por medio de una agenda con diversas instituciones del Estado se va a resolver algo. Esas instituciones que fueron calificadas por los voceros de las víctimas como podridas. Atrás de esa putrefacción se encuentra el dinero, en tanto estamos hablando de un negocio espectacular de millones de dólares, que se distribuyen entre los banqueros lavadores de dinero, las autoridades corruptas y los jefes del crimen organizado.

Mientras, la tragedia sigue, y cuando se vuelvan a reunir con Calderón, ya no serán 45 mil los muertos sino muchos más, lo mismo sucederá con los desaparecidos. La guerra de Calderón contra el pueblo no se detendrá.

La movilización de las víctimas, su ubicación como un sujeto autónomo, su estructuración organizativa son todavía tareas pendientes. Lo que no entienden muchos de los críticos de Javier Sicilia es que él detonó un proceso que lejos está de haber culminado. Lo que se detonó es que las víctimas tengan la confianza de salir y contar su dolor, su pena.

No es poca cosa de la que hablamos.

